

El oro como clave de la libertad

Argumentos contra el ataque de los cleptócratas

Mi primer contacto con el oro se produjo hace unos veinticinco años. En aquel momento, ni siquiera había empezado a entender la dimensión personal o social de este metal solar. En una búsqueda emocional de permanencia, seguridad y tranquilidad, mi intuición me llevó una vez más por el rumbo acertado. Tras veinticinco años de investigación y pensamiento, llegué a la conclusión de que el *oro* es decisivo para la libertad tanto interior como material.

Los destructores ponen manos a la obra

Los adversarios más peligrosos de una comunidad libre y pacífica cobran en la actualidad la condición de políticos y burócratas en organizaciones nacionales, transregionales y, en particular, internacionales, que no logran resistirse a la tentación de usar papeles moneda sin respaldo para financiar el poder, la guerra, un mundo mejor, utopías bienintencionadas o promesas de las que hacen sentirse mejor a la gente, como los programas sociales. Es que sólo con el *papel moneda sin respaldo* pueden repartirse discretamente las ingentes pérdidas de todas sus acciones totalmente inasequibles y, por tanto, despilfarradoras entre el grueso de una sociedad muchas veces incauta y de escasa formación económica, aunque confiada, por medio del hurto del poder adquisitivo de una moneda. ¡Así fue como se financiaron las guerras mundiales, el terror marrón, rojo y negro de los nazis, los comunistas y los fascistas! Pero, lamentablemente, con la extinción de esas sociedades totalitarias históricas no desapareció la tentación.

Desde entonces, ese taimado método de financiación ha seguido valiendo la pena a sus autores, porque no todo el mundo entiende el marco económico. No es de extrañar, ya que los embaucados no advertirán inmediatamente las horribles

consecuencias de la *inflación*; las consecuencias irán algo a la zaga y no parecerán tener vínculo causal alguno.

Fracaso moral: pérdida del respeto a la Historia

Las personas que se fían exclusivamente de sus vivencias personales están predispuestas a elevar dichas vivencias unilaterales a la condición de una norma para sus juicios y para los principios que respaldan todos sus actos. Desde el punto de vista del individuo, puede que tales principios resulten ser acertados de vez en cuando, pero, cuando se deben tomar decisiones a largo plazo a favor de un orden social que tenga en cuenta a las generaciones posteriores, el punto de partida es otro totalmente distinto: se debe impedir a toda costa la anteposición de *intereses personales y, por tanto, a corto plazo* a los de nuestros descendientes. Los principios morales y éticos fundamentados en las experiencias de vida de nuestros antepasados pueden ser útiles. Una de esas importantes experiencias de vida es el *respeto a la Historia* y a los grandes logros civilizadores de nuestros antepasados.

Intereses especiales: el principio del fin

En una sociedad basada en la división del trabajo, como la de todas las economías actuales, todos los grupos con intereses especiales son a la larga antisociales, si, mediante el efecto de las leyes, algunos miembros de la sociedad obtienen ventajas a costa de otros. Así, pues, una sociedad con la mira puesta en una *prosperidad a largo plazo* hará todo lo posible para evitar cualquier influencia dominante de los grupos con intereses especiales en la configuración del Estado. Al final, éstos son casi siempre letales. Tarde o temprano, las *injusticias* creadas de esa forma desembocarán en tensiones sociales, disturbios, revolución, guerra y, por consiguiente, muerte, sufrimiento y desintegración del orden natural... a menudo hasta la desintegración de la sociedad.

La autorresponsabilidad económica como motor de la prosperidad

Independientemente de la convicción ideológica sobre la que decida Ud. basar su juicio, se puede o se debe afirmar que sólo

la autorresponsabilidad económica o, si empleamos un término menos exacto pero más común, el *capitalismo*, en su forma (casi) pura, ha traído la prosperidad y el progreso a la mayoría de la Humanidad. Lo que ocurre, sencillamente, es que con la esperanza de una mejora en las situaciones de la vida personal, se puede optimar y aumentar la productividad de un modo que hasta entonces no se había conseguido. A esa combinación de interés propio —junto con la satisfacción simultánea de otros miembros de la comunidad— se debe precisamente lo que hace que el verdadero capitalismo sea lo que es y lo que siempre debería haber sido: ¡una máquina creadora de patrimonio que depende de la paz y la justicia! Todos los experimentos socialistas marrones, rojos o negros se basan en los intereses especiales de una casta política, por lo general muy pequeña, que mantiene su poder a costa de la mayoría de la gente. Sabemos cuál es el precio: millones de sueños echados por tierra y, por añadidura, otras tantas vidas destrozadas. Sin embargo, esos grupos de poder no actúan, por fortuna, en un vacío, ya que el mayor enemigo de todos los grupos de interés político está siempre presente y siempre es el mismo: **el mercado libre**.

A fin de establecer y posteriormente defender las prebendas injustamente poseídas en medida alguna, primero hay que eliminar la competencia. Podemos considerar el libre mercado de opiniones un ejemplo perfecto de este aspecto del instinto del poder. Los países libres se distinguen por la libertad para expresar las opiniones con franqueza. Por el contrario, la restricción de la libertad de expresión caracteriza la verdadera naturaleza de los países oprimidos por el fascismo, el socialismo o —en general— el colectivismo. Esa represión nos permite ver con claridad lo que realmente son: *dictaduras*.

Lo que resulta más difícil de advertir a la mayoría es la multitud de restricciones existentes sobre el mercado libre o incluso su eliminación total... por no hablar de las consecuencias catastróficas de esas maquinaciones.

En el capitalismo (el mercado libre), los millones de preferencias distintas de los participantes en el mercado determinan el valor de todos los bienes. El precio de una materia prima está continuamente expuesto a nuevas influencias y, por tanto, sujeto a cambios constantes. Al mismo tiempo, todos los contratos

(determinación del precio) se basan en el voluntarismo. Simultáneamente, el mercado determina la justicia. El verdadero rey, el consumidor, de forma silenciosa pero muy eficiente, procurará en cada caso que el mejor ofertante o el más razonable o con el precio más bajo sea el que sobreviva, crezca y prospere. Los participantes en el mercado económicamente malsanos son reemplazados por los sanos. Hoy vemos que empresas sanas, mediante la intervención gubernamental, son reemplazadas por empresas fracasadas que dependen de préstamos... ¡con consecuencias devastadoras para la sociedad! Es el darwinismo puesto al revés: se castiga el esfuerzo y la adaptación y se recompensa el fracaso y la ignorancia: «la supervivencia de los peor dotados».

Todo tipo de restricción o incluso prohibición de los mercados siempre distorsiona la competencia... y hasta la justicia. Es fácil explicar el motivo por el cual la gente en el futuro debería confiar en el mercado libre en vez de en un «sentido de la justicia del Estado»: *¡la justicia formulada por leyes hechas por quienes ocupan el poder se basa siempre en la injusticia!*

Nunca se repetirá bastante que los creadores de nuestro sistema monetario actual no han sido los partidarios del mercado libre, sino los representantes de los intereses especiales. El dinero de hoy es el de curso *legal* aceptado bajo amenaza de violencia por parte del Estado. También sabemos que las leyes de hoy no fueron promulgadas por *Dios*, cosa que reviste importancia decisiva si se desea identificar a los verdaderos destructores de nuestra sociedad y de su orden natural.

Los bancos centrales como sepultureros de la sociedad

Todos los días se leen, se escuchan y se ven informes de la prensa sobre el fracaso del capitalismo; se habla incluso de un vilipendiado *turbocapitalismo*. Sin embargo, con dinero «legítimo», ¡ese supuesto turbocapitalismo no existiría! Los bancos centrales, que se autocalifican de guardianes monetarios, manipulan el mercado monetario girando el tornillo del interés y aumentan la masa monetaria y la oferta de crédito. Los actuales resultados visibles de esas manipulaciones confirman la acusación de los críticos que *desde hace mucho tiempo han identificado a los bancos centrales como máquinas de inflación de la planificación centralizada, al*

servicio de los egoístas y antisociales representantes de los intereses especiales. Los abanderados de este sistema, en particular la abrumadora mayoría de los economistas de hoy, no pueden o se niegan a recordar el *Manifiesto del Partido Comunista* del año 1847; incluso en aquellos tiempos, Karl Marx (1818–1883) y Friedrich Engels (1820–1895) se dieron cuenta de que sólo se puede conseguir el poder mediante el control del dinero: «Sin embargo, en los países más avanzados, será de aplicación más o menos general lo siguiente: (...) Centralización del crédito en los bancos del Estado por medio de un banco nacional con capital estatal y régimen de monopolio exclusivo».

El *sistema de creación de moneda fiduciaria* (reserva parcial bancaria) horriblemente injusto, que permite a los bancos crear *dinero bancario de la nada* e incluso embolsarse los intereses correspondientes, ¡también lo introdujeron por ley los representantes de intereses especiales!

Estos criterios de tan suma importancia para evaluar la crisis financiera de hoy no han penetrado en la conciencia popular. La mayoría de las personas no son conscientes de que los problemas de hoy no son realmente una crisis financiera, sino una crisis que el propio sistema se ha infligido a sí mismo. Todos aquellos que tienen curiosidad por los verdaderos motivos de los colapsos económicos y las recurrentes devaluaciones de divisas desde la fundación de los bancos centrales deben recurrir a la Escuela Austríaca de Economía. Sus principales exponentes, como Ludwig von Mises y el ganador del premio Nobel Friedrich A. von Hayek, han pronosticado crisis pasadas y presentes, no como *profetas*, sino como brillantes *economistas sociales*. El número de partidarios persuadidos por los argumentos de la Escuela Austríaca de Economía está en continuo aumento, pero los gobiernos, que mantienen el monopolio sobre la educación, hacen caso omiso de sus enseñanzas, no vaya a ser que los políticos del poder y los burócratas de diversos niveles pierdan sus cuantiosas prebendas.

Repito: ni nuestro dinero actual, respaldado con deuda, ni los bancos centrales son producto del mercado libre, sino monopolios fundamentados en la fuerza... de una élite egoísta y enajenada por el poder, que abusa de los privilegios de la creación monetaria de la forma más vergonzosa. En un mundo libre, miles

de millones de personas deciden voluntariamente qué es el *dinero* y, por tanto, qué es la libertad o la esclavitud. No lo decide un puñado de funcionarios no elegidos democráticamente, quienes no han conseguido sus cargos por sus logros o por satisfacer a otros miembros de la sociedad, sino que han ido haciéndose furtivamente con el poder presentando leyes. La prensa financiera apoya el sistema del papel moneda casi incondicionalmente. Se opone al oro e incluso llega hasta el extremo de satanizarlo. No es de extrañar, ya que la libertad de los ciudadanos sigue siendo una perspectiva de sumo peligro para los poderosos.

El oro es el único dinero honrado y la clave de la libertad

Los reyes del papel moneda, parasitarios y antisociales, conocen bien a su mayor enemigo, el mercado libre, pero temen aún más al oro, su enemigo mortal. Al manipular el dinero y los metales preciosos, esos reyes autoproclamados revelan lo que son en realidad. Sin embargo, a largo plazo ningún gobernante tiene posibilidad alguna frente a la inclinación humana a la libertad, la paz y la justicia. Al final, el *mercado* siempre es más fuerte. Este triste capítulo de la historia del mundo terminará, cuando quiera que así sea, en el momento en que se agoten las existencias de oro de los bancos centrales. Entonces, y sólo entonces, se dará cuenta la gente de que el emperador, real y verdaderamente, está desnudo, y de que el terriblemente injusto sistema monetario tendrá que dejar paso a otro orden... esperemos que más equitativo.

Muchas gracias

Fue un tremendo placer para mí cuando el profesor Dr. Hans J. Bocker se comprometió espontáneamente con el proyecto de este libro. Por la presente, expreso mi agradecimiento más cordial. Espero que el mayor número de personas posible recuerde una y otra vez de que sólo mediante un sistema económico y financiero justo se puede forjar y preservar la *paz*.

Johannes Müller
Berna, octubre de 2008